

La calle para el jueves 7 de julio de 2011

Diario de un espectador

La cursilería de Nervo

Miguel ángel granados chapa

Es probable que algunos o muchos de nuestros lectores no hayan conocido los poemas de Amado Nervo, o ya no los recuerden y por lo tanto no puedan manifestarse en pro o en contra de la afirmación que lo hace un poeta cursi, o si como se planteó en esta columna ayer, practicó cursilería de la buena (porque según explicó el gran prosista Juan José Arreola al aprendiz de escritor que era entonces Ignacio Solares, hay lo cursi bueno y lo cursi malo).

Por eso conviene recordar o dar a conocer alguna muestra de la escritura poética del bardo nayarita. Comencemos por uno de sus poemas muy conocidos, uno de cuyos versos, además, da título al ensayo de Solares, el primero de los que contiene su nuevo libre *Presencia de lo invisible*. El poema se titula En paz y dice así:

“Muy cerca de mi ocaso, yo te bendigo, vida./ porque nunca me diste ni esperanza fallida/ ni trabajos injustos ni pena inmerecida.(Porque veo, al final de mi rudo camino./ que yo fui el arquitecto de mi propio destino./ que si extraje la hiel o la miel de las cosas,(fue porque en ellas puse hiel o mieles sabrosas./cuando plante rosales, coseché siempre rosas./Cierto, a mis lozanías va a seguir el invierno,/ mas tu no me dijiste que mayo fuera eterno/ Hallé sin duda largas las noches de mis penas,/ mas no prometiste tu sólo noches buenas/ y en cambio tuve algunas santamente serenas.(Amé, fui amado, el solo acarició mi faz./ Vida, nada me debes; vida, estamos en paz”.

Otro poema, igualmente muy leído y recitado, se llama Cobardía:

¡Pasó con su madre. ¡Qué rara belleza!/! Qué rubios cabellos de trigo garzul!/ ¡Qué ritmo en el paso! ¡Qué innata realeza/ de porte!. ¡Qué formas bajo el fino tul!. Pasó con su madre. Volvió la cabeza, ¡me clavó muy hondo su mirada azul./ Quedé como en éxtasis./ Con febril premura/ ¡Síguela!, gritaron cuerpo y alma al par./ Pero tuve miedo de amar con locura,/ de abrir mis heridas que suelen sangrar,/ y no obstante toda mi sed de ternura/ cerrando los ojos, la dejé pasar”.

Otro poema, de corte muy distinto, es este soneto dedicado a Felipe II:

¡Ignoro qué corriente de ascetismo,/ qué relación, qué afinidad oscura,/ enlazó tu tristeza y mi tristeza/ y adunó tu idealismo a mi idealismo;/ mas sé por intuición que un astro mismo surgió de nuestra noche en la pavora,/ y que en ti como en mi riñe la altura / un combate mortal con el abismo./ ¡Oh rey, eres mi rey/ Hosco y sañudo,/ también soy: en un mar de arcano duelo/ mi luminoso espíritu se pierde./ y escondo

como tu, soberbio y mudo,/ bajo el negro jubón de terciopelo, /el cáncer implacable que me muerde.”

En la discusión sobre la cursilería de Nervo, Solares recuerda el juicio de Alfonso Reyes sobre el poeta nayarita: “Alargaba la sinceridad más allá de las preocupaciones del gusto”. Pero, agrega el autor de *Presencia de lo invisible*, “la vida lo cura lentamente. Mientras más romántico es, más se acerca a la cursilería buena. Porque a la lógica racionalista los románticos oponen un auténtico conflicto con el mal, con el caos, con lo demoníaco. Y basta leer la primera novela de Nervo, *El bachiller*, para comprobar que participaba de esa autenticidad,

El poeta descubre, con deslumbramiento y angustia, que en el momento de la creación la razón puede y debe ser dejada de lado para alcanzar determinados logros. Necesarios, además, para ayudar a (re)establecer un equilibrio vital a su alrededor”.